

Aunque hermoso, no lo pareció tanto como Zayda Fatima, que era un prodigio.

II

CAPITULO VII.

Llevaba el infante un arnés fuerte de punta en blanco, de los que había muy pocos en aquel tiempo, y sobre el arnés una sobrevestida ancha y larga, de seda blanca, de un tejido muy fuerte, lisa y sin otra empuje que un escudo á caracoles de

EN QUE SE VE QUE SE HABIA TRASFORMADO MUCHO EL INFANTE DON JUAN MANUEL.

don Juan Manuel, de que nos ocupamos. Llevaba asimismo ceñida el infante la espada labera del Santo Rey, que había este legado á su hijo el infante don Manuel, y que á su vez había heredado el nieto; y el pantalón de terciopelo, y que llevaba á su cinta como de oro y piedras, regalo que había sido del rey don Sancho IV, primo hermano del infante.

I.

Era singular el aspecto de los dos infantes; imberbes ambos, porque Zayda Fatima no podía tener barbas, y porque el infante don Juan Manuel acababa de cumplir sus diez y seis años y no las tenía aún.

Aunque Zayda Fatima contaba veintiseis años, parecía tan jóven como el infante.

Este se había desarrollado con la fatiga de aquella azarosa lucha en que se había visto envuelto, y era alto y fuerte, algo mas alto y algo mas robusto que Zayda Fatima; era blanco, muy blanco, con los cabellos muy rubios, que cayeron sobre sus hombros en pesados rizos cuando se hubo quitado el casco y la capellina de mallas.

Tenia los ojos pardos, grandes, de mirada profunda, y era muy pálido.



Aunque hermoso, no lo parecía tanto como Zayda Fatima, que era un prodigio.

## II.

Llevaba el infante un arnés fuerte de punta en blanco, de los que había muy pocos en aquel tiempo, y sobre el arnés una sobrevesta ancha y larga, de seda blanca, de un tejido muy fuerte, lisa y sin otra empresa que un escudo á cuarteles de alas y leones, armas que había dado el rey don Fernando el Santo á su hijo menor el infante don Manuel, padre del infante don Juan Manuel, de que nos ocupamos.

Llevaba asimismo ceñida el infante la espada Lobera del Santo rey, que había este legado á su hijo el infante don Manuel, y que á su vez había heredado el nieto; y el puñal de misericordia que llevaba á su cinta con pomo de oro y piedras, regalo había sido del rey don Sancho IV, primo hermano del infante.

## III.

Mucho había variado este desde la muerte de aquel, á pesar del poco tiempo que había trascurrido.

Era entonces un niño, y había oído con las lágrimas en los ojos el encargo que el rey moribundo le había hecho de que guardase entera lealtad al infante don Fernando, á quien iba á pasar la corona.

No en balde había hablado con tanto encarecimiento Sancho IV en la noche de su agonía al infante don Juan Manuel.

El niño, crecido al embate de las pasiones políticas en medio de aquella época ruda de continuas luchas, se había hecho prematuramente hombre, y había prestado corazón fácil á la contagiosa ambición de que todos los magnates estaban poseídos.

No podía decirse aún que el infante don Juan Manuel fuese traidor á su sobrino el rey de Castilla, ni lo fué nunca; pero de su continuo trato con ambiciosos y traidores, que vienen á ser una misma cosa, tomó ciertos visos y resabios de traición, que si nunca se decidió, deslustró en gran parte su buen nombre.

## IV.

En el momento que le presentamos de nuevo á nuestros lectores, servía de instrumento á su tío el infante don Enrique, harto interesado en el casamiento de la reina doña María con el infante de Aragon, por las grandes promesas que el rey de Aragon le había hecho, si aquel enlace se realizaba.

Pero dejemos hablar á los dos jóvenes.

## V.

Zayda Fatima miraba profundamente al infante don Juan Manuel, y con una severidad tal, que este estaba desconcertado: le dominaba Zayda Fatima, como que estaba mortalmente enamorado de ella.

—En buen lance os encuentro metido, señor infante, dijo Zayda Fatima; y quisiera ver qué rostro os pondría la reina mi señora si en este momento os mirara.



—No sería peor que el que me poneis vos, señora de mi alma, contestó el infante.

—Ved que habláis con el caballero del Aguila Roja, contestó severamente Zayda Fatima, no con la pobre huérfana desvalida á quien obligásteis á huir no há mucho del noble regazo que tan generosamente la amparaba.

—¡Ah, señora! exclamó el infante; toda la culpa fué de vuestra hermosura y de la pasión que por vos arde en mi alma.

—¿Y sabéis, dijo Zayda Fatima mirando de una manera terrible al infante, por qué yo desaparecí un día sin dejar detrás de mí señal alguna, dando ocasion á que la reina mi señora pensase de mí desfavorablemente? Fué porque respeté en vos á un príncipe de su casa; porque no quise darle el dolor de que os encontrasen muerto al pié del muro de mi habitacion; porque, oído bien, doña María de Granada y el caballero del Aguila Roja son un mismo y valiente sér, y á no ampararos el amor que os tiene la reina doña María, yo os juro que no contaríais vuestro atrevimiento de haberos entrado en mi estancia sobornando á mis doncellas y en alta hora de la noche.

—Me teníais desesperado: yo queria obligaros á que fuérais mi esposa.

—¿Y quién puede obligarme á mí á que sea su esclava? porque no es otra cosa que esclava la que sin amor se casa; ¿ni qué habia yo de hacer mas que huir de un lugar donde me rodeaba la traicion y donde me acechaba la deshonra? Porque vos, infante don Juan Manuel, sois como todos los de vuestra raza, violento y antojadizo, y quiera Dios que como muchos de los vuestros no acabeis mal.

—Echais sobre mí toda la culpa de vuestra fuga obligada, como decís, y no recordais que mi primo el infante don Juan arde por vos, sin contar con otros muchos caballeros de linaje á quienes traeis locos.

—Tráense ellos, que yo no favorecí á nadie para desdeñarle despues y darle ocasion á que de desesperado enloqueciese; y si huí fué por vos, que sois demasiado deudo de la reina y estais demasiado metido en su casa, porque si el infante don Juan hi-

ciera lo que vos hicisteis, yo le matara sin compasion, vengando á la vez la injuria que me hizo sorprendiéndome en Granada y robándome, y la muerte del inocente hijo de Guzman el Bueno.

—¡Ah! sí, es cierto; dicen que ese es el hombre á quien amais.

—Calumnias infames como todas las que en la córte se propalan: basta con que un maldiciente no logre lo que desea, para que al momento su lengua venenosa caiga infame sobre la persona que estorba el cumplimiento de lo que anhela: dejemos, dejemos esta conversacion, señor infante, y vengamos á lo que importa.

—Es que á mí nada me importa tanto como vos.

—Pues os aconsejo que renunciéis á vuestro sueño, porque su realizacion es imposible; creedme, infante don Juan Manuel: mi padre el rey de Granada consagró á Dios mi castidad; yo desde muy niña la consagré á la Virgen María, á quien me enseñó á orar mi nodriza: al bautizarme, hace tres años, volví á consagrar mi castidad al Señor, é hice voto solemne de entrar en el claustro, pero cuando la noble reina doña María no necesite ya un corazon leal y un brazo fuerte que se sacrifiquen por ella: esto he prometido y votado al Señor, y esto cumpliré; y no digais que yo amo á don Alfonso Perez de Guzman ni á ningun otro, que si yo amara, vencer sabria mi amor como he vencido otras tantas cosas.

—¡Ah! ¡sereis mia ó moriré! exclamó el infante.

—No seré vuestra ni morireis vos; porque si vos fuérais capaz de morir por una mujer, aliento os habria dado Dios bastante y bastante corazon para que tal vez hubiérais podido hacerme vacilar en mi fé y tenerme por vuestra.

—¡Ah doña María! exclamó palideciendo de emocion el infante.

—No, no veais una esperanza en lo que acabo de deciros: ved, aunque os ofenda, un reproche; porque lo que he querido deciros es que á mí se me gana con el corazon, y que cuando no me habeis ganado, ó no lo teneis ó vale muy poco.



—¡Señora!

—Señor infante, tan poco corazon teneis, que habeis venido á favorocer al infante don Pedro de Aragon contra la reina doña María, que mas que todo es vuestra madre; contra la sombra del noble rey don Sancho, que os encargó en su lecho de muerte fuéseis leal á su mujer y á su hijo.

—El casamiento de la reina doña María con el infante de Aragon nuestro primo, conviene tanto al rey como al bien y á la prosperidad de estos reinos.

—¿Quereis decirme de qué modo puede convenir al rey don Fernando y á sus reinos, que su augusta madre falte á la fé jurada á su difunto esposo, amancillando con una torpeza la limpidez de sus tocas de viuda, pasando á un nuevo tálamo y dando aliento á nuevas ambiciones, á nuevos trastornos?

—Todas las ambiciones, todos los trastornos nacen de que es una mujer la que gobierna, y á esa mujer se atreven todos.

—¡Insensatos, que no ven que á esa mujer la sostiene la mano de Dios! estoy oyendo la palabra falsa del miserable infante don Enrique; ¡ah! sí, es verdad; la reina, el rey y el reino están vendidos: mientras la reina mantenga su fé, su viudez, su decoro, su grandeza, siempre tendrá espadas leales que hieran por ella y por su hijo, y una espada leal va contra mil espadas traidoras y las vence, porque la traicion es cobarde. Sí, sí, es verdad; esa débil mujer es muy difícil de vencer, á pesar de su debilidad, porque providencialmente ayudan á sostenerla las luchas de los traidores: cierto es que hay que dar al uno, prometer al otro, que la corona cuesta muy cara, que no tiene un momento de reposo; pero en fin se va ganando tiempo; y don Enrique dice: tanto tiempo puede ir ganando la reina, que como yo soy viejo, no me alcance á mí el tiempo para lograr lo que deseo: si la caso, ¡oh! si la caso, yo tengo con ella la tutela del rey; pero ella es demasiado tenaz, demasiado fuerte; me estorba, me desespera, destruye mis planes: si se casa, dejará de ser tutora del rey, y quedaré yo el único tutor, esto es, el rey mismo; tendré la alianza de Aragon, la de Portugal, porque al fin con hija del rey de Portugal está casado don Fernando; tendré la alianza del rey

moro de Granada, porque le habré vendido la villa de Tarifa; y fuerte con la tutela del rey, con todas estas alianzas, el infante don Juan y los la Cerda y los Haro y los Lara y cuantos magnates pretenden volver en su provecho la cosa pública, caerán para no volverse á levantar mas, como la mies bajo la segur. ¡Ah! ¡pero se ha olvidado el infante don Enrique de que la Providencia vela por los buenos; de que Alfonso Perez de Guzman está allá en las Andalucías pronto á caer sobre su Tarifa, que tan cara le ha costado; de que yo estoy aquí entre la sombra para salir al encuentro del infante de Aragon y prenderle y tomarle juramento de que renunciará á su propósito de ser esposo de la reina y se volverá á Aragon, y para intimarle que si falta á su juramento y pone asechanzas y levanta dificultades, iré yo con los míos centuplicados á acometerle donde le encuentre y á arrancarle el corazon villano?

—¡Poder de Dios, exclamó don Juan Manuel, que yo creia que os amaba, que os adoraba, y veo que lo que sentia es nada comparado con lo que ahora siento! Oídme, doña María: unámonos, consagrémonos á la reina y al rey, y ella y nosotros juntos triunfaremos de todo.

—Infante don Juan Manuel; sin vos, sin mí, triunfará la reina, yo os lo aseguro; tiene toda la fuerza que necesita en su propio corazon; yo no puedo unirme á vos por las condiciones que unís á esa alianza; no puedo hacer otra cosa que deciros: reconoced; vuestro gran interés, vuestro verdadero interés es servir y ayudar lealmente con vuestra persona y con vuestros señoríos á la reina; eso es lo justo, lo noble y lo que os manda Dios, puesto que así lo prometisteis al difunto rey don Sancho, que tanto os amó: creedme: apartaos de traidores, porque son muy peligrosos; porque la traicion mata á quien se revuelve mucho entre ella; y concluyamos, infante don Juan Manuel; voy á mandar traigan aquí al infante don Pedro.

—Un momento, dijo don Juan Manuel.

—Ni una palabra mas, contestó Zayda Fatima con una terrible energía.

Y llevando á su boca la bocina, llamó.



